

HOMENAJE A SARMIENTO MAESTRO

Teniente de Fragata (R) Miguel A. Groube

El Teniente de Fragata (R) Miguel A. Groube se graduó de Guardiamarina, Escalañón Naval, en diciembre de 1957.

Prestó servicios en buques de la Armada.

Culminó la carrera de Ingeniero Naval y Mecánico en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires.

Pasó a retiro voluntario en febrero de 1967.

Condujo reparaciones en unidades navales y en flotas privadas.

Ejerció la docencia universitaria como Director Adjunto de la carrera de Ingeniería Naval del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA).

El 11 de setiembre de 1888, a los 77 años, fallecía en Asunción del Paraguay Domingo Faustino Sarmiento. Un soñador que vivió en el siglo XIX y fue un visionario del siguiente: hoy asombra la vigencia de su pensamiento. Un autodidacta, a quien nada le fue ajeno para emprender una verdadera batalla por el progreso y la civilización de su querido país.

Sarmiento fue apasionado, comprometido y muy *nuestro* como para pasar desapercibido o para dejarnos indiferentes. Había demasiada carga de inteligencia y de pasiones en el gran sanjuanino, cuya vida fue por definición un compromiso: una al servicio de lo que entendió como lo mejor para los suyos. Combatió con denuedo para que el país salvaje de las luchas parciales, intestinas y personales llegase a ser una república de hombres libres. Defendió con toda la fuerza de su espíritu sus verdades y sufrió por ellas.

Como gobernante, extendió la red de ferrocarriles, implantó el telégrafo en todo el país y lo puso en comunicación con Europa y los Estados Unidos través de un cable submarino. A su vez, mandó a abrir caminos; impuso el sistema métrico decimal; promovió la navegación de los ríos; proyectó la construcción del puerto de Buenos Aires y estimuló el progreso industrial, alentando la mecanización agrícola. Creó el Seminario Conciliar, el Colegio Militar y la Escuela Naval Militar; el Instituto de Sordomudos y el de Ciegos, y organizó la enseñanza de minería.

También se dedicó a la enseñanza superior: creó el Museo de Historia Natural, el Observatorio Astronómico de Córdoba y la Facultad de Ciencias de esa provincia, para la cual contrató a un plantel de profesores extranjeros. No sólo se preocupó por la educación sistemática, sino por el material didáctico: advirtió la necesidad de una política bibliotecaria e incorporó a la mujer al sistema educativo.

Terminada su presidencia, prosiguió su obra con el mismo ahínco, y aceptó con toda modestia el cargo de director general de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, cargo que ejercería dos veces, e impulsó la ley de Educación Común.

Podríamos evocar otros aspectos de su polifacética existencia: su labor de escritor, periodista, orador, legislador... Siempre encontraremos un motivo que dio sentido a su quehacer: su afán civilizador.

Imposible sintetizar cuánto hizo, aun refiriéndose únicamente al ámbito educativo. Nadie ha podido realizar más, en condiciones tan adversas y con tan pocos recursos: con una deuda de guerra enorme, sin partido político que lo sustentara, con una oposición enconada; malones indígenas invadiendo las poblaciones; cuestiones de límites con Chile, Bolivia y Brasil; posteriores caudillos alzados contra el Gobierno nacional; pestes repetidas y asoladoras...

Hoy, sin caer en reduccionismos, propongo recordar al Sarmiento maestro, ese que la Conferencia Interamericana de Educación, reunida en Panamá entre setiembre y octubre de

1943, dispuso homenajear, declarando al 11 de setiembre como “Día del Maestro” en todos los países del continente, calificando a Sarmiento como “Maestro de Maestros”.

La escuela que soñó Sarmiento

El eje de su concepción educativa fue la escuela elemental, destinada a todos los habitantes. Hoy resulta un concepto general indiscutible, pero, a mediados del siglo XIX, en todo el mundo, la mayoría de la población era analfabeta. Al regresar de Estados Unidos, ya elegido presidente, declaró en el puerto: “Vengo de un país donde la educación lo es todo. Y por ello hay democracia”.

Se lo había anticipado a Lucio V. Mansilla en una carta, que, en caso de ser elegido presidente, su programa de gobierno sería el que venía predicando desde hacía veinte años, basado en la educación popular: “Es necesario hacer del pobre gaucho un hombre útil a la sociedad. Por eso, necesitamos hacer de toda la República una escuela”.

Educar al soberano. Esa fue la premisa de su obra que produjo un país pujante, con una extensa clase media, y una movilidad social que ubicaba a la Argentina entre las naciones más avanzadas del mundo. Sarmiento fue el adalid de la educación común como herramienta para una verdadera revolución.

Cumplió su objetivo: fue el creador de la escuela pública argentina, dedicándose con energía a esa tarea, cuando casi nadie compartía con él su inquietud por alfabetizar al pueblo. Se preocupó por la escuela primaria, así como por la educación secundaria y superior. Implantó la Escuela Normal oficialmente en 1869 e impulsó la incorporación de la mujer al sistema educativo, un aporte de avanzada en la sociedad de entonces, cuando aún la mujer era relegada en todos los aspectos.

Cumplió su objetivo:
fue el creador de la
escuela pública argentina,
dedicándose con energía
a esa tarea, cuando casi
nadie compartía con él su
inquietud por alfabetizar
al pueblo.

De Estados Unidos a Argentina: la influencia de Sarmiento

La historia del sistema de educación primaria en nuestro país empezó con la estadía de Sarmiento en Inglaterra en 1847, enviado por el ministro de Justicia e Instrucción Pública de Chile, Manuel Montt, país en el que pasó sus años de destierro, justamente para estudiar la educación en otros países. Fue allí, en Londres precisamente, donde leyó un informe del escritor norteamericano Horace Mann, en el cual encontró ideas que podía aplicar en nuestro país y decidió viajar a Estados Unidos para conocerlo. En una aldea en las afueras de Boston se encontraron Sarmiento, el escritor y su esposa, Mary Peabody Mann, lugar donde residía la pareja. Luego de varios intercambios, coincidieron en la importancia sobre una educación común y accesible para todos los habitantes de un país.

Según cuenta él mismo en *Viajes por Europa, África y América*, Sarmiento observó la importancia que se daba a la educación de las mujeres y la libertad con que se movían.

Volvió a Estados Unidos después de la guerra de Secesión, cuando el presidente Mitre lo nombró ministro Plenipotenciario en aquel país. Fue allí cuando, en una estadía que habría de durar tres años, retomó contacto con Mary Mann (Horace Mann ya había fallecido), quien se convirtió en su inestimable colaboradora. De los diálogos con ella –la mayoría por correspondencia– surgió la idea de llevar maestras estadounidenses a la Argentina, acostumbradas a atravesar largos viajes por el país del Norte en busca de trabajo.

Gracias a sus contactos, Mary le ayudó a reclutarlas y así nació el plan: Sarmiento pensaba traer 1.000 maestras. Buscaba no sólo la profesionalización de la enseñanza a través de las escuelas normales, sino la mejora y modernización de la educación.

Las primeras educadoras en la Argentina

La primera maestra en llegar a nuestro país fue Mary Elizabeth Gorman, en 1869, cumplido un año de la presidencia de Sarmiento. Quería que la primera escuela normal funcionara en la provincia de San Juan, pero la comunidad anglosajona desaconsejó que la maestra emprendiera ese riesgoso viaje de 15 días a esa provincia debido a las circunstancias de la época: el país empobrecido por la guerra del Paraguay, los indios que asolaban la campaña, zonas desérticas, luchas intestinas y la epidemia de fiebre amarilla. De hecho, una de las maestras, Fanny Wood, fue víctima de esta peste, que provocó su fallecimiento.

La llegada de docentes norteamericanos se extendió casi 30 años: entre 1869 y 1898 llegaron 61 maestras y 4 maestros, todos formados en el método Pestalozzi y distribuidos en distintas ciudades del país. Una de las más emblemáticas sería Mary Graham, radicada primero en San Juan y luego en La Plata. Ella fue considerada una pedagoga extraordinaria, que, además, les enseñó a sus alumnos a jugar al fútbol y al croquet; a bailar y saltar la cuerda. También los incentivó a cultivar la huerta y a cuidar a los animales. En La Plata la adoraban.

Otra de las maestras, Clara Armstrong, había estudiado en una escuela normal de Nueva York y había aprendido francés, alemán e italiano. Cuando llegó a la Argentina, fundó la Escuela Normal de Catamarca, financiada con aportes de padres y madres, habitantes de la provincia. *Miss Clara* era muy erudita: fue maestra de Anatomía, Geometría, así como también de Pedagogía y Botánica: amaba la ciencia. A los 50 años de su fundación, la escuela de Catamarca fue bautizada con su nombre.

Tenía una hermana menor llamada Frances, que fue enviada a dirigir la Escuela Normal de Córdoba, donde la recibieron con insultos y piedras. Es que aquí hubo un detalle que Sarmiento no previó: la mayoría de las maestras era de religión protestante, y eso, en un país católico como el nuestro, y más en aquella época, generó conflictos, no solo con los habitantes de las provincias, sino con la Iglesia. Tal así fue el caso de Frances, en el que su postura protestante generó tal malestar en el pueblo cordobés que el conflicto suscitado terminó mal, generando el quiebre definitivo de las relaciones con el Vaticano.

Sin embargo, las hubo católicas, como Mary Conway, una de las tres que contrató Sarmiento. Egresada del Colegio del Sagrado Corazón de Rochester con honores, conocedora de tres idiomas, viajó a Paraná en galera desde Buenos Aires, donde estudió español. Regresó a Buenos Aires para hacerse cargo de una escuela privada, cuya maestra norteamericana había fallecido. Mary era muy admirada y querida.

A pesar de que el plan de Sarmiento estaba dirigido a traer mujeres, vinieron cuatro maestros. Uno de ellos, John Stearns, abrió la primera Escuela Normal del Paraná en 1870. El plan de estudios fue diseñado por él, quien, en pocos años, creó un centro de formación modelo. Era el primer destino de las maestras cuando llegaban, que debían permanecer cuatro meses para aprender español, para luego ser destinadas a escuelas en distintas partes del territorio. Tenía también escuela de aplicación primaria, en la que se hacían las clases prácticas. El inglés se enseñaba desde el primer grado y el francés desde quinto.

Hace pocos años fue encontrado en el subsuelo de la Escuela Normal de Maestras de Mendoza un documento histórico: un libro de Actas, de quien fuera su directora durante veinte años, la estadounidense Mary Olive Morse. Allí se aprecia el trabajo de la escuela, una directora que prestó atención y expresó su vocación sobre la tarea de enseñar: inculcar responsabilidad, disciplina, y preocupación por el aseo y el orden. En este libro, Mary afirma: “Hay que leer buenos libros, revistas y periódicos de manera continua; hacer una preparación concienzuda de cada lección; tratar a las alumnas como amigas; llevar a la clase buen humor y no los disgustos del afuera; cuidar de usar voz dulce, pero que denote autoridad”. Estos

La historia del sistema de educación primaria en nuestro país empezó con la estadía de Sarmiento en Inglaterra en 1847, enviado por el ministro de Justicia e Instrucción Pública de Chile, Manuel Montt, país en el que pasó sus años de destierro, justamente para estudiar la educación en otros países.

son algunos de los consejos pedagógicos de la educadora, característicos de la corriente que promovía Pestalozzi.

La mayoría de las maestras traídas por Sarmiento regresaron a su país. Otras se casaron, la mayoría con anglosajones, y otras se afincaron aquí. Algunas se consagraron a la enseñanza en institutos privados y abrieron escuelas destinadas a las clases altas argentina y anglosajona.

Un ejemplo de ello fue la abuela de Jorge Luis Borges, Fanny Haslam, cuyo nombre es mencionado en el diario personal de una de las primeras maestras que trabajaron en Paraná, puesto que hospedaba a maestras en su casa. Describía a una Sra. Borges como una “dama inglesa que se casó con un sudamericano”, pues Fanny se casó con el coronel Francisco Borges, y fue la madre de Jorge Guillermo, quien sería luego el padre del escritor Jorge Luis.

Todas fueron capaces y también intrépidas, al animarse a atravesar estas tierras asoladas aún por indios y caudillos.

Sarmiento impulsó el milagro de escolarización de nuestra población: durante su gobierno (1868-1874) las provincias fundaron 800 escuelas primarias que, sumadas a las privadas, alcanzaron a sumar 1.816 escuelas en el país. La población escolar pasó de 30.000 a 110.000 alumnos, desarrollo educativo que continuaría con las presidencias de Roca y Avellaneda. Lo único que Sarmiento no pudo concretar fue abrir la Escuela Normal de San Juan.

Sarmiento hoy

Como cierre, quisiera enfatizar la actitud y el pensamiento de Sarmiento respecto de la mujer. Buscó abrirle camino y muchas colaboraron con él: desde Mary P. Mann, una de sus más estrechas colaboradoras, quien llegó a traducir al inglés el *Facundo* y algo de *Recuerdos de Provincia*, hasta la periodista Eduarda García Mansilla y muchas otras.

Para los argentinos de hoy, la mejor lección de Sarmiento es tener la tenacidad de luchar por lo que se quiere, a pesar de que las circunstancias no estén a favor. Sarmiento es el ejemplo de que la voluntad triunfa, porque él se impuso a la realidad circundante y la moldeó a su favor. ¿Cuál fue su secreto? Su entrega y su espíritu de lucha, una fidelidad inquebrantable a sus ideas. ■

Sarmiento impulsó el milagro de escolarización de nuestra población: durante su gobierno (1868-1874) las provincias fundaron 800 escuelas primarias que, sumadas a las privadas, alcanzaron a sumar 1.816 escuelas en el país. La población escolar pasó de 30.000 a 110.000 alumnos...